
CAPITULO II.

EL CONCILIO VATICANO Y SU INFLUENCIA POLÍTICA.

El suceso por excelencia del año 1868 fué con la revolucion española la convocatoria de un Concilio Ecuménico por el Papa. Desde el siglo décimosexto no habia visto el mundo una Asamblea de este género, reunida en nombre de Dios, para tratar de asuntos, siempre graves, porque se refieren á lo más íntimo de nuestro sér, á la conciencia; y á lo más duradero, á la eterna vida. Yo, que deseo la práctica libérrima del derecho de asociacion; yo, que acuso á este siglo de indiferencia por los más graves problemas humanos; yo, que amo las controversias, no hubiera podido nunca condenar la reunion de una Asamblea augusta que iba con sus debates solemnísimos, á despertar nuestras conciencias adormecidas en el polvo de la tierra. Sabíamos bien que esta Asamblea hablaría en nombre de la autoridad y de la tradicion contra nuestros derechos y nuestras libertades; que impondria como dogmas á los pueblos todos los principios opuestos á los proclamados por nuestra filosofía, y todas las reacciones intentadas contra los pro-

B.

gresos de nuestra política; mas preferiamos esta nueva guerra de las conciencias, esta tempestad espiritual, al ciego indiferentismo con que miramos todo cuanto atañe á lo infinito, á ese espacio celeste de nuestras almas.

El Papa debió considerar el estado del mundo, en medio del cual iban los padres conciliadores á reunirse. No existe la fé cándida de la Edad Media, apagada hoy en los resplandores de la ciencia. No hay aquella guerra por los dogmas religiosos que en el siglo décimosexto mostraba aun el vigor de las sectas cristianas, separadas en muchas graves cuestiones, pero todavía reunidas en la creencia comun de la divinidad de Cristo y de la revelacion sobrenatural del Evangelio. Podremos sentirlo ó celebrarlo, pero no podemos desconocerlo: el espíritu humano ha cambiado radicalmente desde el siglo décimosexto. Para la mayoría de los pensadores, de cuyas ideas se tiñen los caudales de la vida, como los rios de los matices del horizonte bajo el cual corren, la conciencia es

el único criterio moral, la razón es el único criterio científico, la expresión libre y espontánea la única manera de revelarse que tiene el pensamiento; las contradicciones entre los principios la única depuración de todas las verdades; la tolerancia universal la única relación posible entre todas las creencias; el triunfo de todos los derechos que consagran la personalidad humana y la levantan sobre el ara de la tierra como un ser independiente el porvenir inevitable de las sociedades; y la separación definitiva, completa entre la Iglesia y el Estado, el único medio de que puedan existir asociaciones religiosas, cuyos dogmas se han resumido en la negación audaz de todos estos grandes principios, adquiridos por el trabajo titánico de los héroes de la ciencia, implantados en la realidad por las revoluciones; bendecidos ya por todos, á causa del bien que han hecho al género humano, y consagrados por la sangre de los mártires que todavía se inmolan generosamente á su triunfo en aquellas regiones de la tierra cubiertas con las sombras de los antiguos errores.

¡Qué de bienes hubiera podido derramar el Papa sobre la conciencia humana y sobre la tierra sedienta de grandes revelaciones morales con haber vuelto la vista á los tiempos evangélicos, y haber espiritualizado la esencia del cristianismo, y haber sostenido una alianza estrechísima, profunda entre el dogma de la libertad y de la igualdad, necesario á la vida política moderna y á los dogmas esenciales á toda revelación cristiana. Los principios de su reinado, imperfectísimamente consagrados á esta obra, le decían los frutos que hubiera podido recoger en las postrimerías de su existencia. Se necesitaba para esto en verdad un grande sacrificio. No bastaba con aquella platónica adhesión á los principios liberales; no bastaba con aquellas reformas propuestas tímidamente á las instituciones antiguas, todas cercanas, después de grande corrupción á lo que podríamos

llamar en verdad más frío que la muerte, y más triste todavía, á la petrificación; no bastaba con resoluciones á medias, con paliativos superficiales; necesitábase para elevar el ideal religioso á los ojos de un mundo materialista, desceñirse la frágil y amenazada corona terrenal, renunciar al connubio infame con los Estados modernos, destruir toda esa legislación bárbara en que la fe pide su auxilio á la fuerza; volver desde el remedo de los imperios asiáticos á la restauración de las costumbres evangélicas, á la sencillez en el culto, á la pureza en la vida, á la fraternidad en los sentimientos, al espiritualismo en la doctrina y en la práctica, á la imitación verdadera de Jesús, pobre, desceñido de todo interés mundano; sin más abrigo que la Providencia divina, cuidadosa de vestir con pompa al lirio de los valles y de alimentar con exceso al ave de los cielos; predicando siempre á las muchedumbres, volviendo siempre por los esclavos y los desheredados del mundo; únicos medios verdaderamente divinos de resucitar la conciencia y sobre la conciencia la llama de la religión para producir contra nuestros desvaríos políticos, nuestros extremos de cálculo y de industria nuestro positivismo egoísta, una reacción saludable y necesaria hacia el cielo inmortal de lo infinito, como la que supieron producir los primeros apóstoles en el canceroso imperio latino y los primeros franciscanos en el mundo férreo y brutal del feudalismo. Pero en aquel mismo año de 1868, en que de la convocatoria del Concilio se trataba, fui yo á Roma y persuadíme de que Roma no estaba dispuesta, no, á sacudir el pesado y pavoroso sueño de su materialismo. Permitidme antes de engolfarme en las graves y profundas cuestiones que había de suscitar el Concilio Vaticano y que debo resumir por trascender á toda política, y especialmente á la política republicana, permitidme que os describa apelando á mis recuerdos, á mis memorias, la Roma pontificia tal como yo la había visto

por entonces en una Semana Santa. Con solo visitarla por aquellos días de oración y de penitencia veíase bien claro que no estaba dispuesta, no, á desistir de su empedernido materialismo.

No imaginéis que en Roma os aguarda la Semana Santa de Sevilla ó de Cartagena tan espléndidas por sus riquísimas procesiones. En Roma no hay una sola procesion excepto aquellas en que toda la corte pontificia rodea al Papa, llevando en lujosas andas, bajo pábulo, por no sé bien si ocho ó cuatro domésticos vestidos de damasco encarnado. En Roma no hay Iglesias Góticas. La influencia del arte antiguo, ha sido tan poderosa, la voz de sus ruinas tan elocuente que la capital del orbe católico no tiene la arquitectura católica por excelencia, aquella de los bosques de columnas, de las ogivas misteriosas, de los retosños calados por donde entra la luz cernida en vidrios de colores como un crepúsculo del cielo; aquella que nos obliga forzosamente con sus misterios á murmurar una oración cuando entramos en las naves místicas de Toledo, de Sevilla, de Leon, naves que bogan siempre hacia la eternidad. En Roma no hay esculturas en madera. Por regla general sus estatuas son como antiguas, en bronce ó en mármol. No se pueden mover con la facilidad que se pueden mover nuestros pasos de talla.

En Roma no hay, pues, procesiones de Semana Santa. Así he visto á muchas damas de Andalucía acostumbradas á la mística oscuridad de la Catedral de Sevilla no poder resistir la claridad de San Pedro que aumenta casi la luz del día con la reverberación de sus mármoles y de sus bronces dorados á fuego. No diré nada absolutamente de la extrañeza que les causa no ver una sola procesion.

Todo en Roma es colosal. Sobre las ruinas de los antiguos monumentos que parecen levantados por una raza de titanes se elevan al cielo en áureas rotondas, las altas cúpulas de las Iglesias católicas á manera de las primeras hostias ofrecidas al Dios del cristianismo

por los apóstoles sobre los altares paganos. Y tiene Roma unas construcciones sin casi aire, en las entrañas de la tierra, donde sentís las mayores emociones religiosas que es posible sentir en la vida. Son las catacumbas. Las de San Clemente se abren cerca del Coliseo: las de San Sebastian bajo el Circo de Rómulo. No me cansaré de repetirlo: cuando penetrais en aquellos frios abismos; cuando á la incierta luz de una vela veis los frescos trazados por los mártires; cuando palpáis en la oscuridad sus sepulcros, recordando que allí se congregaban los primeros fundadores de la sociedad cristiana, sin más arma que su idea, ni más fuerza que su resignación, mientras sobre sus cabezas, los degenerados Césares se entregaban á las fiestas de gladiadores, á las cenas babilónicas; de cada una de aquellas piedras sentís elevarse como un cántico los recuerdos de los tiempos heroicos del cristianismo que dan á la conciencia luz, al carácter fuerza, á la voluntad confianza en Dios; y orais tiernamente en aquel templo del dolor y del sacrificio.

Pero, me distraigo; volvamos á la Semana Santa. Es el Domingo de Ramos de 1868. El cielo brilla con una incomparable nitidez. En los maravillosos intercolumnios semi-circulares que preceden á la Basílica de San Pedro, las dos fuentes, al elevar á las alturas sus gigantescos surtidores, descomponen la luz del sol en los matices del iris. Entrais en la Basílica y su serie de arcos triunfales mayores que los levantados por los romanos, y sus sepulcros, y sobre todo, su rotunda infinita os abisman con su grandeza. Ni el oro, ni el mármol, ni el bronce, ni los mosaicos que resplandecen con oriental profusión, oscuitivan como aquellas largas líneas, como aquellas inconmensurables alturas ideadas para inspirar el sentimiento de lo infinito en el templo de Dios. Al pié del inmenso dosel en bronce que forma el Altar Mayor arden como una aureola luminosa las cien lámparas, siempre encendidas sobre el sepulcro de San Pedro,

No es posible imaginar cuadro más pintoresco en aquella inmensidad de la Iglesia, cuando baja el Papa, que la muchedumbre infinita de artesanos vestidos de varios trajes, todos de diversos colores y formas, los cuales reproducen desde la rozagante púrpura asiática hasta la sencilla blanca túnica de los primeros romanos. Las ceremonias del Domingo de Ramos en San Pedro no se distinguen por nada particular de las ceremonias que en el resto de las Iglesias Católicas se celebran.

El Jueves Santo no baja el Papa á la Basílica. Asiste á los oficios en la Capilla Sixtina. A la conclusion de la escalera del Vaticano ideada por el Caballero Bernini con admirable arte, pues en estrecho espacio ha construido una galería que asombra por sus columnas; por sus bóvedas; por sus gradas; formando una decoracion que llamariamos *fébrica* si estuviéramos en París; á la conclusion de esta galería se abre un vestíbulo inmenso al cual van á dar las dos capillas pontificias: la Sixtina y la Paulina. La primera ha sido inmortalizada por el fresco de Miguel Angel, consagrado al Juicio Final. No podeis entrar sin que el escalofrio de lo sublime recorra vuestros nervios, y el terror trájico vuestra alma. Parece que vaga por allí errando el espíritu del Dante y que traza por procedimientos invisibles en los espesos muros las apocalípticas visiones de su infierno. Cristo arroja su maldicion sobre los réprobos que se despeñan desde las alturas á los abismos eternos en una catarata de lívidos desnudos cuerpos violentados por todas las explosiones del dolor físico y por todas las cóleras de la desesperacion moral. Aquellos séres dan sublime horror al precipitarse en los lagos de plomo derretido que los aguardan. No hay donde el corazon despedazado por el dolor se repose. Cristo, María, los elegidos mismos, todos están tristes. Solo, allá en las bóvedas, se ven lamentarse las Sibilas cantadas por Virgilio, que miran ó penetran lo porvenir, anunciando el cumplimiento de las promesas evangélicas; la aparicion

de nuevos cielos iluminados, de nuevos mundos cuyos albores resplandecen ya en frente de las antiguas profecías, en aquellas frentes anchas como los dilatados horizontes de la esperanza. Las Sibilas de Miguel Angel me espantan por su grandeza. Muchos pintores han trazado la imágen de estas mujeres que desde los tiempos más remotos anunciaban la renovacion de la vida á un mundo que habia perdido la esperanza. Las Sibilas del Dominiquino y de Guido Reni son magas con aire de decir la buena ventura, y las Sibilas de Rafael son musas con aire de inspirar clásicos versos á los poetas; pero esas Sibilas de Miguel Angel colocadas en la bóveda de la Capilla Sixtina, entre los titanes que han removido el mundo material y los profetas que han removido el mundo moral; viejas unas como el tiempo, bellas otras como la esperanza; misteriosas todas como las profecías; envueltas en los mantos antiguos agitados al viento que corre por las altas cimas desde donde descubren todos los horizontes; ya viendo estáticas el nuevo florecimiento del Universo, ya trazando precipitadas la imágen del porvenir antes que el viejo mundo se arruine, compañeras de Isaias, de Ezequiel, de todos los grandes varones hebreos que anunciaron desde el templo la redencion de la humanidad, son la imágen fantástica de las ideas platónicas, pasando en formas gigantescas por el cielo y yendo á juntarse con las ideas bíblicas en la tierra prometida para formar el dogma del cristianismo que será la trasfiguracion sublime de la conciencia en el momento de la conjuncion de dos mundos, del mundo griego y el mundo judío, que han sido á pesar de su pequeñez material, los dos grandes planetas morales de la historia.

Unos oficios de tinieblas en esta capilla pintada por tan sublime manera serán siempre interesantes para todos aquellos que amen verdaderamente la belleza moral. ¡Como las lamentaciones de Jeremías concuerdan con las imágenes de la desesperacion pinta-

das en el muro central; y como el canto de Zacarías concuerda con las imágenes de la esperanza pintadas en la bóveda; como el Miserere parece producido por los justos que ascienden penosamente al cielo, rudos conquistadores de la gracia!

Despues que han concluido los oficios de la mañana el Jueves Santo, y el Papa ha depositado la hostia en la capilla Paulina, donde se alza el Sagrario admirablemente iluminado, bendice al pueblo. En seguida baja á San Pedro donde lava los piés á doce sacerdotes pobres. Desde allí se dirige á una de las magníficas salas de ese palacio Vaticano, que tiene diez mil habitaciones, y sirve la comida á los doce sacerdotes vestidos todos de blanco. Ninguna de las restantes ceremonias se diferencian en nada de las usuales en nuestras Iglesias. Como San Pedro es tan grande y la débil voz humana se pierde tan fácilmente en sus espacios, no hay sermones. Roma presenta un singular aspecto el Jueves y el Viernes Santo muy extraño y muy contrario á las antiguas costumbres españolas que han trascendido tambien á América. Nosotros cerramos nuestras tiendas, suspendemos el curso de todos nuestros carruajes. Un sublime silencio reina hasta en las más populares ciudades. Nadie se entrega á los trabajos materiales en estos dias consagrados á la celebracion del mayor sacrificio moral. La concurrencia á las Iglesias siempre es grande como si un pueblo entero se diera á la oracion y se encerrara en el recogimiento de las meditaciones religiosas. Pero en Roma todas las tiendas se hallan abiertas, todos los habitantes ocupados en sus faenas, las iglesias solitarias, y los carruajes arman ruido mayor que en los restantes dias del año, á causa de la numerosa afluencia de extranjeros. Por la noche se coronan de laurel, de verbena, de mirto como las diosas antiguas, y se iluminan espléndidamente las salchicherías y las tiendas de jamones en celebracion de la próxima conclusion de la cuaresma.

B.

Toda mi vida recordaré que en esa noche del Jueves Santo, noche tan solemne en nuestra España, donde hasta los reyes salen á pié, íbamos en compañía de una familia romana en carretela descubierta por las calles de la Ciudad Eterna, viendo llenas de gentes las puertas de las salchicherías y solitarias las puertas de los templos. En San Pedro hay mucha concurrencia pero principalmente de extranjeros, y entre estos, los más aficionados á concurrir son los ingleses, en su mayoría protestantes. Toda mi vida me acordaré de la figura tristísima que hacia una inglesa inmóvil cerca del sepulcro de San Pedro, indiferente, de pié, mientras el Papa alzaba la hostia, y en tan religioso momento flechándole á Su Santidad los anteojos de teatro. Extrañas costumbres, ciertamente, para los que estamos habituados á la antigua severidad española.

El dia que más gente de Roma concurre á San Pedro es el Domingo de Páscoa. Se ven los campesinos abandonando sus cabañas para venir á la ciudad á recibir la bendicion papal. A las nueve de la mañana ha descendido ya Su Santidad á la basílica. El Papa mismo celebró este año la misa mayor. Seis arzobispos le asistian. Su voz me pareció clara, vibrante, de una grande entonacion música y de una extraordinaria dulzura. En San Pedro no hay un órgano en armonía con las proporciones de la iglesia; grave falta artística, incomprensible en esta capital de la religion y de las artes, porque el órgano es la voz interior de las basílicas. Así es que el canto llano, sin acompañamiento de música, admirable en los dias de Semana Santa, no sienta bien á un dia de Páscoa. Solo se siente una emocion profunda cuando el Papa alza á Dios, y resuenan misteriosos clarines que parecen tocados por ángeles de las cornisas, y que esparcen con su vibracion unísona místicas ideas en las almas. Concluida la misa, el Papa, rodeado de todos los cardenales, adora las reliquias de San Pedro que se en-